

nuestras industrias nacionales había sido útil á nuestras industrias rivales, proporcionó rápidos adelantos al refinamiento extranjero. Los refinadores franceses clamaron á voz en grito, y como que representaban lisonjeros recuerdos de nuestra prosperidad colonial, fueron escuchados y lograron la prohibición.

La agricultura manifestó también sus pretensiones y halló en el cuerpo legislativo mucha disposición en su favor. Nuestros agricultores querían aprovecharse de la franquicia de los mares para exportar sus granos y sus lanas. Los granos habían sido retenidos en Francia durante el tiempo de las últimas escaseces, y en cuanto á las lanas, Napoleón había prohibido, no sólo su exportación, sino la de los rebaños, porque había querido que la grande importación de los merinos sirviese exclusivamente para el perfeccionamiento de las lanas francesas.

La agricultura pedía, pues, el libre comercio de granos, de lanas y de ganado lanar, y tenía en contra suya á los habitantes del litoral, es decir, á los de la Normandía, de la Bretaña y de la Vendée, que formaban en las filas de los realistas más ardientes. Tenía también en contra suya á todos los que hacían uso de las lanas, á los fabricantes de paños y después á los fabricantes de los tejidos tan variados, conocidos con el nombre de merinos, que son para el pueblo un verdadero beneficio por su propagación y su bajo precio. La agricultura, por su parte, no carecía de buenos argumentos que oponer á los de sus adversarios, porque si es natural en interés de la industria nacional la prohibición de la entrada de los productos extranjeros, no lo es la de salida ó exportación de los productos nacionales. No la faltaba, pues, razón y además contaba con favor, pues la cámara de los diputados, de acuerdo con el ministro de Hacienda, permitió la importación de los granos, cargándolos á su salida con un derecho variable que se elevaba con su precio. También se consintió la exportación de las lanas, limitándose á someter al pago de un derecho la de los borregos.

Tales fueron las principales medidas que se tomaron, al operarse la transición del bloqueo continental, á la libertad ó franquicia de los mares. Como acabamos de decir, se suprimieron los derechos impuestos á las primeras materias exóticas, el algodón en rama, las tinturas, las maderas que Napoleón había tasado como originarias del comercio británico; se continuó prohibiendo la entrada de los tejidos de algodón para asegurar á los tejidos nacionales una protección absoluta; se gravó á los hierros con un derecho equivalente á la diferencia existente entre el precio del hierro inglés y el francés; y con respecto á los objetos de que se hacía grande consumo, tales como el azúcar y el café, se les disminuyó singularmente el derecho de entrada para quitar al contrabando, que con la paz había adquirido grandes facilidades, una parte de sus ganancias. Por último, se prohibió el refinamiento extranjero, y se declaró libre ó poco menos la exportación de nuestros productos.

Estas disposiciones, dictadas por un laudable espíritu de moderación, alcanzaron la aprobación general. El gobierno se veía, pues, unas veces sostenido y otras contenido por las cámaras, y las cámaras aparecían como la autoridad tutelar cerca de la cual imploraban amparo y buscaban refugio los intereses maltratados. Sin embargo,

los hombres entusiastas por las ideas de libertad echaban de menos con sentimiento en algunas ocasiones que la cámara de diputados se pronunciase de una manera más decisiva y franca. Ellos hubieran querido, por ejemplo, que esta corporación hubiese pura y simplemente desechado la ley de imprenta; pero, al hacer temporal la indicada ley, la cámara de los diputados dejó en salvo el principio de la libertad, y para los hombres imparciales aquello era bastante, porque para ir más allá, hubiera sido preciso hacer un desaire al trono, que le hubiera debilitado sobremedera y que además le hubiera irritado profundamente contra el régimen nuevo. Mirándola desde el punto de vista político, esta conducta era sin duda alguna la mejor.

La cámara de los pares, por su parte, no obró con menos prudencia que la de los diputados. Discutió detalladamente la ley de imprenta y no la admitió hasta después de separar de ella el preámbulo, que parecía considerar la censura como un principio existente en la Carta, y sobre todo dirigió al ministro del Interior una excelente respuesta con motivo del informe presentado á las dos cámaras acerca del estado de la Francia. Napoleón, como se recordará, hacía cada año presentar al cuerpo legislativo una reseña de la situación del imperio para patentizar sus nuevos adelantos. El gobierno creyó deber seguir este ejemplo y aprovecharse de la ocasión para poner muy en relieve el estado de desolación en que la revolución y el imperio habían dejado á la Francia. La reseña del ministro del Interior no consideraba al país más que desde un solo punto de vista, y no era exacto más que el cuadro de las miserias ocasionadas por la guerra.

La cámara de los diputados se limitó á dar las gracias al ministro por este trabajo, pero la de los pares, formada en sus dos terceras partes por los antiguos miembros del senado, no quiso permitir contra la revolución ni aun contra el mismo imperio aquel exceso de injusticias. Presentó una contestación motivada, en la que recordó los inmensos beneficios que la Francia debía á la aplicación de los principios de 1789, á la abolición de veeduría y de todas las trabas que en otro tiempo habían molestado á la industria en el interior del territorio, á la división territorial, al aumento del número de los propietarios de los bienes inmuebles, á la adquisición de valor de una gran parte del terreno inculto, al establecimiento y perfeccionamiento de las fábricas; y, después de haber recordado estos diversos beneficios, añadió que en todo aquello veía, del mismo modo que en la paz y en la libertad debidas á los Borbones, los motivos para esperar un pronto restablecimiento de la prosperidad pública. Esta contestación, sin dejar de ser respetuosa, fué digna, verdadera y de gran oportunidad.

Las dos cámaras, sin participar de la vivacidad de sentimientos del partido liberal, merecían la confianza de los hombres ilustrados, comenzaban á obtenerla y adquirirían poco á poco, lo repetimos, una fuerza bastante para sostener y contener al gobierno, lo que era para él muy ventajoso y deseable. Por desgracia, la contradicción que encontraba este último, sin irritarle contra el sistema constitucional apenas había mejorado sus inclinaciones. El rey estaba sobre poco más ó menos lo mismo que al principio, es decir, tranquilo, mi-

rando todas las cuestiones con calma, y dispuesto á dejar obrar á sus ministros cuando no se trataba del fundamento de su autoridad ó de algunos de los intereses esenciales de la emigración. Estos intereses le llegaban al corazón; así es que con respecto á los bienes nacionales se violentaba y, si hubiera podido, los hubiera devuelto á sus antiguos propietarios. Desaprobó muchísimo la aprehensión de Mr. Dard y Mr. Falconnet, autores de los dos folletos publicados contra la irrevocabilidad de las ventas de los bienes nacionales, y, después de una breve instrucción, fueron puestos en libertad estos dos abogados con gran contentamiento de la alta emigración, que durante su cautividad los visitó, los colmó de cuidados, y que continuó prodigándoles toda clase de atenciones después de hallarse en libertad. El rey hizo causa común con sus guardias de corps en sus querellas contra la guardia nacional y el ejército, y manifestó su intención de sostenerlos á toda costa. Sus ministros, sin contradecirle, se limitaron á tratar de evitar nuevas contiendas ó á corregir los efectos causados por las que no podían evitar. Salvas estas excepciones, el rey dejaba á sus ministros seguir la corriente á que más inclinados se hallaban. El conde de Artois por su parte, vuelto desde Saint-Cloud á París después de una ausencia motivada por el estado de su salud y por su mal humor, continuó como siempre mostrando una gran actividad, escuchó á los pretendientes de provincia que habían venido á solicitar empleos alegando su realismo, les hacía promesas que no podía cumplir, y participaba de sus pasiones extremadas, lo que le hacía ser el objeto de las esperanzas y del amor de la fracción llamada *ultra realista*. Por su curiosidad, al mismo tiempo que por su afición á mezclarse en los actos del gobierno, y por la desconfianza propia á las almas débiles, había dejado que se estableciese á su alrededor una policía compuesta de los intrigantes de todos los regímenes, acostumbrados á prestar servicios á las policías anteriores y buscando en las habitaciones que se llamaban por entonces el *pabellón Marsán* (el que el príncipe habitaba en el palacio de las Tullerías), un empleo que la dirección general de policía les había negado. El conde de Artois se complacía en saber con su ayuda los rumores satíricos ó alarmantes que corrían, en referírseles al rey, en poderle demostrar que le servían mal ó que no sabía hacerse servir, y que mientras que leía sus autores clásicos, la monarquía estaba minada y amenazada con nuevas catástrofes. Luis XVIII, informado por Mr. Beugnot, que procuraba probarle el escaso fundamento de las informaciones de su hermano, le encomendó más de una vez que renunciase á sus pesquisas y que le dejase vivir en paz; pero el conde de Artois no hacía caso, y continuaba oyendo á sus agentes, aunque limitándose á hablar al rey con menos frecuencia.

De sus dos hijos, uno de ellos, el duque de Angulema, poco avisado, pero prudente y modesto, como ya hemos dicho, se contentaba con desempeñar el papel que le encargaban, y en aquellos momentos viajaba por las provincias del Este para hacer respetar en ellas la autoridad real algo más de lo que lo estaba; el otro, el duque de Berry, no carecía de ingenio, pero era arrebatado hasta traspasar los límites regulares; había al principio alcanzado una buena acogida entre la tropa,

de la que se ocupaba con mucha asiduidad, pero comenzaba á disgustarla con su violencia, que contuvo en los primeros instantes, y que contenía cada vez menos, á medida que se acostumbraba á tratarla y que se convencía de la dificultad de adherir el ejército á los Borbones. Así es que, á pesar de haber tan grande diferencia entre estos príncipes, participaban los tres demasado de las inclinaciones de sus amigos para resistir á la influencia y librarse de incurrir en sus faltas. A cada momento, una nueva manifestación de su parte aumentaba los incidentes de que se aprovechaba la malevolencia de los partidos.

El 15 de agosto era el día en que se celebraba la fiesta de San Napoleón, durante el imperio, y se hubiera debido olvidar este día haciéndole olvidar á todos; pero la familia real quiso, por el contrario, que continuase siendo un día solemne, celebrándose en él una fiesta en honor del realismo. Aquel día era aniversario del voto solemne que Luis XIII hizo de poner á la Francia bajo la protección de la Virgen, en agradecimiento del embarazo de Ana de Austria; pero, por muy respetable que fuese este recuerdo histórico, era preciso consultar las circunstancias antes de ceder al placer de renovarlas. Sin cuidarse de lo que pudiera resultar, se mandó celebrar una procesión solemne en toda la Francia para recordar y confirmar el voto de Luis XIII. Los príncipes siguieron á la de París á pie, con cirios en las manos, y este espectáculo produjo un mal efecto en los ánimos á quienes no agradaba el celo religioso de los Borbones. Los oficiales de reemplazo, siendo muy numerosos en la capital, se mofaron á más no poder de los príncipes devotos, y los soldados compraron teas para celebrar la fiesta de Napoleón, iluminando sus cuarteles. No sin mucho trabajo se consiguió apagar aquella noche la sediciosa iluminación de que hemos hablado.

El 29 de agosto, una manifestación de otro género produjo el mismo desfavorable efecto. El rey, invitado por el ayuntamiento de París á una fiesta magnífica, fué á comer al Hotel de Ville, lo que todavía no había hecho desde su regreso á Francia. Por de pronto, este suceso ocasionó una contienda entre los guardias de corps y la guardia nacional. Los primeros querían ocupar solos las habitaciones interiores y relegar á la segunda á prestar su servicio en la parte exterior del Hotel. Esta era una pretensión absurda é inconveniente, porque la guardia nacional era el mismo ayuntamiento de París, tomando las armas para honrar al rey, y el Hotel de Ville era su casa: condenarla á permanecer á la puerta del palacio municipal, mientras que los guardias de corps estaban en el interior, era un extraño olvido de todas las conveniencias. La contienda se acaloró, el rey participó de los altercados, y se convino en que la guardia nacional y los guardias de corps fuesen distribuidos por mitades en las habitaciones interiores.

La función comenzó con un banquete ofrecido al rey: un baile debía tener lugar después. La magnificencia, el gusto que se desplegó en esta fiesta, fueron dignos de la corporación que recibía al rey y del augusto huésped que la honraba con su visita. Luis XVIII, sentado á la mesa principal con los príncipes de su familia, admitió en ella á treinta y seis señoras como una especie de derogación de la antigua costumbre. En el número



de éstas se encontraban las primeras señoras de la antigua corte, muy dignas de ocupar aquellos puestos preferentes, y tres ó cuatro de la nueva nobleza. Pero esta circunstancia no era la que debía ser más notada. El prefecto, de pie detrás del monarca, le servía; y la señora del prefecto, del mismo modo que su esposo al rey, servía á la duquesa de Angulema.

Los miembros del consejo municipal desempeñaban el mismo servicio con los príncipes. Es cierto que en otro tiempo se había visto hasta á los reyes y á los príncipes servir á emperadores; pero puede decirse, sin ceder á las vulgares preocupaciones democráticas, que la época de estos espectáculos había pasado. Napoleón, con todo el prestigio de su gloria y de su poder, no había podido menos de incurrir en la inconveniencia de obrar así, cuando había querido renovar estas escenas, que por otra parte nunca había tratado de representar tan completamente. Al día siguiente de la función del Hotel de Ville, los aduladores de aquella época elogiaron con el más vivo entusiasmo la magnificencia y la belleza moral de las escenas que habían pasado la noche anterior. Hablaron de las funciones de la revolución y del imperio con profundo desprecio; dijeron que las unas y las otras no habían ofrecido nada semejante á lo que habían visto; que sólo á la autoridad legítima, reconocida y aceptada por todos, era dado presentar espectáculos como el de que se ocupaban, y que los que habían tenido la suerte de asistir al primero conservarían de él un eterno recuerdo. De este modo dijeron todas las vulgaridades que se repiten después de asistir á una función y que no persuaden más que á los concurrentes á ella. Afortunadamente, no es imposible al trono en nuestros días inspirar estas ideas de respeto, pero sólo es á condición de que él posea una excesiva virtud, mucha naturalidad, un gusto elevado y un respeto hacia los hombres igual al que exige para sí.

Los pueblos juzgan con los ojos y donde más frecuentemente buscan la significación moral de un gobierno es en sus representaciones exteriores. El público se obstinó en ver en el papel que los magistrados municipales habían aceptado en el festín al lado del monarca el que ciertos hombres hubieran querido imponer á la nación misma, y se compararon las escenas del Hotel de Ville á las extravagancias que acababan de permitirse algunos señores en Normandía, en Bretaña, en Langüedoc y en Provenza. Los unos habían querido que se les ofreciese incienso en las iglesias de sus aldeas, los otros recibir el pan bendito antes que las autoridades municipales, y con estas exageraciones habían dado lugar á conflictos ridículos, de los que no tardaron en ocuparse los periódicos, concluyendo por ser denunciados á las cámaras. Pero todo esto no hubiera pasado de ser incidentes de muy poca importancia si el gobierno hubiera sido firme, rigurosamente legal, consecuente con las instituciones que había proclamado, y si hubiera participado del espíritu que se manifestaba en las cámaras. Desgraciadamente, estas condiciones no podían hallarse en un ministerio sin unidad, sin jefe, sin un plan de conducta y sin influencia. El ministro que estaba más directamente relacionado con el país, el del Interior, Mr. de Montesquiou, amable cuando no era bastante á dominar los negocios, razonable á pesar de su origen y de sus opiniones, hablando con facilidad y buen éxito en

las cámaras, era, sin embargo, el más incapaz de los administradores, porque no tenía ni firmeza ni afición al trabajo.

Después de haber llamado á los comisarios extraordinarios, dejó en sus puestos á una gran parte de los prefectos imperiales, sin darles instrucciones, sin hacerles saber si continuarían desempeñando sus destinos ó serían separados. Que se hubiese confirmado en sus empleos á los funcionarios especiales, pertenecientes á los ramos de hacienda, de puentes y calzadas, de la guerra y de marina, nada más natural y provechoso, porque no hubiera sido posible reemplazarlos; pero obrar del mismo modo respecto de los prefectos, personajes completamente políticos y que debían representar con la mayor exactitud el espíritu y los sentimientos del nuevo gobierno, conservar á estos funcionarios, decimos, era difícil y en extremo peligroso. Con todo, careciendo de hombres capaces, porque el partido realista, alejado desde hacía mucho tiempo de los negocios, contaba con muy pocos, Mr. de Montesquiou se vió obligado á dejar en activo servicio á un gran número de prefectos del imperio; pero ya que tenía que obrar así, hubiera debido al menos cambiarlos de departamentos, lo que los hubiera hecho aparecer como originarios de la monarquía, evitándoles el disgusto de tener que contradecirse á la vista de sus administrados.

No pensó en esto sin embargo, y se contentó con nombrar prefectos y subprefectos de algunos departamentos á los antiguos nobles, capaces de ejercer un cargo público y naturales del país; pero, tanto á éstos como á los anteriores, los dejó entregados á su propia inspiración y sin comunicarles, lo repetimos, cuál sería la suerte reservada á los prefectos del imperio. De lo que hemos expuesto, resultó que los prefectos realistas obraron siguiendo el impulso de sus pasiones, y que los imperiales manifestaban una extremada debilidad, temerosos de excitar la cólera de los partidarios de las ideas triunfantes. Así es que los unos hacían el mal atrevidamente, y los otros, complacientes en sumo grado, le consentían, sufriendo que se dijese públicamente que la Carta no era más que un pretexto momentáneo; que cuando los Borbones lograsen afirmarse por completo en el trono, completarían la restauración restableciendo los diezmos, devolviendo sus bienes á la Iglesia y á los emigrados, etc. Para evitar los daños que esto podía causar, hubiera sido preciso al ministro leer una correspondencia numerosa, responder á ella inmediatamente, dar disposiciones, obrar, en una palabra, cosas todas que Mr. de Montesquiou era incapaz de hacer. Apenas se apercibía de los sucesos más graves y cuando le notificaban un escándalo como el del obispo de la Rochela, entonces por toda intervención se limitaba á escribir una carta indiferente, ineficaz. El hombre de talento que estaba al frente de la policía, Mr. Beugnot, comprendió perfectamente este estado de cosas y envió á los departamentos agentes periciales, ilustrados, que le presentaron informes muy instructivos, revelando la extraña situación de la Francia en aquella época. Dar cuenta de estos informes á Luis XVIII era muy delicado, porque el que á tal se hubiera atrevido hubiera tenido que denunciarle como á unos insensatos y á veces como á unos culpables á sus amigos más queridos; pero con todo, cuando Mr. Beugnot hallaba entre los citados informes algunos

suficientes á entretener y divertir á un rey burlón, aprovechaba la ocasión de hacérselos leer. Luis XVIII los leía, los entregaba á Mr. Beugnot y se limitaba á reirse con él de los que se complacía en llamar amigos de su hermano. Las cosas no iban más lejos, y á esto se reducía la acción del gobierno. Sin embargo, como se comprendía aunque confusamente la debilidad de la administración, se persuadieron los príncipes de que debían ponerse en evidencia, y de que reunirían y subyugarían con sólo verlos todos los corazones, difundiendo por todas partes la luz del realismo. Al pensar de este modo se engañaban completamente, y no veían que iban á aumentar el mal en vez de disminuirle. Lo mejor que hubiera podido hacer entonces el soberano, hubiera sido contener las pasiones de sus amigos, mientras que, por el contrario, enviar á los príncipes á las provincias era exaltar las pasiones á su más alto grado y conseguir por todo beneficio algunas manifestaciones del realismo, tan vanas como lo son generalmente las aclamaciones de los pueblos, que gritan siempre cuando los conmueven y olvidan al día siguiente el grito de la víspera, lanzando otro contrario si los conmueven en un sentido diferente.

El país más agitado, el Oeste, fué el primero adonde se trató de enviar á uno de los príncipes. Para este fin, escogieron con acierto al duque de Angulema, que empleó el mes de julio y el de agosto en este viaje. Se decidió también que en septiembre y octubre visitara el conde de Artois la Champaña, la Borgoña, la provincia de Lyon, el Delfinado, la Provenza, el Franco Condado, y que al mismo tiempo recorriese el duque de Berry las fronteras donde se hallaban en gran número los militares.

Las provincias del Oeste, es decir, la baja Normandía, la Bretaña, la Vendée, habían disgustado á Luis XVIII, porque no parecían cuidarse de él y porque hablaban más de Mr. de la Rochejacquelein y de algunos otros jefes realistas que del monarca mismo. Como ya hemos dicho, los insurgentes de estas provincias se habían reunido, armado á expensas de los azules, á quienes habían quitado sus fusiles, llamado á sus antiguos jefes, y ocupado las vacantes de los muertos con otros nuevos, siguiendo más sus instrucciones que las del gobierno. El duque de Angulema fué encargado de hacerles comprender que había un rey, uno solo, siendo su autoridad la que debían reconocer y respetar. Para no llamar demasiado la atención con un viaje á los países en otros tiempos insurrectos, anunció el príncipe que se disponía á visitar el litoral de la Mancha, es decir, Brest, Nantes, La Rochela, etc.; así es que dejó á la izquierda el paraje donde habitaban los *chuanes*, y se dirigió directamente por la baja Normandía á Rennes y á Brest. Como era natural, fué recibido con entusiasmas demostraciones en las provincias en donde su presencia recordaba los inmensos sufrimientos pasados por la causa de los Borbones, y donde había ancianos que no podían recordarlos sin que sus ojos se llenasen de lágrimas.

Oyó que los realistas antiguos y modernos hablaban de la Carta con suma ligereza, considerando el mantenimiento de las ventas de los bienes nacionales como un acto de prudencia momentáneo, y el Concordato como otra especie de Carta caída con Bonaparte. Vió que el público se hallaba muy inclinado á juzgar los

impuestos como un resto de la tiranía imperial, de la que era preciso desembarazarse sin dilación, y muy decidido á no permitir la exportación de granos aun cuando hubiese sido decretada por los realistas; vió á los poseedores de los bienes nacionales alarmados y dispuestos á unirse para defenderse, á la magistratura desconfiada y esperando con ansiedad la nueva investidura que se le prometía, y por último al ejército hostil y apenas respetuoso. El príncipe carecía de la penetración suficiente para apreciar el valor de este estado de cosas, pero tenía bastante criterio y rectitud para juzgarle contrario al buen orden y sobre todo á las promesas del rey, que según su opinión debían ser lealmente realizadas, y empleó un excelente lenguaje, excepto al ocuparse de los asuntos religiosos, sobre los cuales toda la dinastía profesaba las ideas más peligrosas. Se consagró á persuadir á todos de que no había dos reyes, uno en el pabellón de Flora, llamado Luis XVIII, antiguo jacobino, como decían los provincianos, muy astuto, prometiéndole mucho y no cumpliendo nada; y el otro, el conde de Artois, residente en el pabellón Marsán y dominado por los verdaderos sentimientos de un perfecto realismo; el primero, representado por los prefectos, á los cuales no querían oír ni obedecer, y el segundo, representado por algunos jefes de *chuanes*, á los que era preciso escuchar y seguir exclusivamente. Les declaró que no había más que un rey, que se debían ejecutar sus órdenes, pagar las contribuciones, permitir la exportación de los granos, no molestar á los poseedores de bienes nacionales, en una palabra, vivir en paz, gozar del reposo público y no privar de él á los demás. En cuanto á los sacerdotes, de cuyos errores participaba, les habló con menos prudencia, excepto al ocuparse de los diezmos y de los bienes de la Iglesia. Dió tanta fuerza como pudo á las autoridades regulares, entusiasmó á la masa popular por su cualidad de ser Borbón, satisfizo á los hombres honrados por su moderación y rectitud, pero desgraciadamente no convenció á nadie, y después de haber visitado á Laval, Rennes, Brest y Lorient, dejó al país casi tan agitado como lo había encontrado, porque si sus discursos habían sido buenos, su presencia había causado una viva emoción, y aquella emoción era un mal, toda vez que despertaba las pasiones que hubiera sido preciso apagar.

Nantes era un punto muy digno de ser visitado por su importancia. En esta ciudad había una rica clase media comerciante, á la que agradaban los principios de la revolución por más que aborreciese sus excesos, de los que había presenciado dolorosos ejemplos; pero que aborrecía todavía más la insurrección vandeana, hallándose disgustada de la arrogancia de la nobleza de las dos riberas del Loira. Profesaba al régimen imperial, bajo el cual se había visto privada de toda clase de comercio, una aversión que naturalmente la había inclinado en favor de los Borbones, que llegaban con la paz y con la Carta. Pero, por una parte las extravagancias de los emigrados y de los sacerdotes, y por otra el trabajo que le costaba restablecer sus negocios, le habían indispuesto con el monarca y su gobierno. Sentía amargamente la pérdida de la isla de Francia, imputaba á los ingleses los más perversos cálculos, y censuraba al gobierno por su parcialidad para con la Inglaterra.

Nuestras colonias, con las que Nantes había contado,



estaban llenas de productos europeos, conducidos hasta ellas por el pabellón británico, y no podían en lo sucesivo esperar sostener gran tráfico con ellas. Por todos estos motivos, los nanteses eran realistas sinceros, pero algo desilusionados de sus esperanzas y completamente constitucionales. Habiendo anunciado los vandeos que colocarían en la ribera izquierda del Loira un cartel diciendo: *Aquí empieza la Vendée*, ellos á su vez declararon que levantarían otro á las puertas de Nantes con estas palabras: *Aquí se perdió la Vendée*.

El duque de Angulema fué muy bien recibido por los nanteses, empleó con ellos un lenguaje moderado que les agradó y les inspiró las mejores disposiciones. Al salir de Nantes, entró en plena Vendée y se encaminó desde luego á Beaupreau. Allí se halló en el Bocage, en ese país escarpado, casi inaccesible, donde los nobles vivían patriarcalmente con sus aldeanos, á los que habían conducido más de una vez en otro tiempo á luchar contra los ejércitos de la república. En aquellas campiñas había mucha fe, mucha naturalidad y muy poco del espíritu de intriga y de pillaje que dominaba á la chuanería. Los aldeanos del Bocage estaban muy tranquilos bajo la dirección de sus señores, que les encomendaban oír las órdenes del rey y obedecerlas. Su sola insubordinación consistía en pagar lentamente sus impuestos, con la esperanza de verlos abolidos. En Beaupreau había de veinticinco á veintiséis mil con sus señores y sus banderas blancas, vivamente conmovidos en presencia del príncipe, como no podían menos de estarlo al recordar tantas luchas, tantos dolores, tantas ruinas que habían soportado por la causa del trono. Su lenguaje no fué inconveniente: por otra parte, estaban contentos con las mejoras que habían alcanzado después de 1789, y les agradaba muy poco el restablecimiento de los diezmos y de los derechos feudales. En este centro del Bocage hubo muchas escenas sentimentales y ninguna sensible. En Borbón Vendée halló el príncipe menos natural y menos inocente el espíritu que dominaba á los habitantes del Marais. En esta región, menos agrícola y más comerciante, gustaba el movimiento, se buscaba la importancia, se practicaba el contrabando, se dejaban de pagar con mucho gusto las contribuciones y se manifestaban pasiones bastante turbulentas. El clero sobre todo se mostraba desprovisto de razón. El príncipe volvió á decir allí á todos cuantos quisieron escucharle lo que había repetido en todas partes, pero no sin que lograra causar algún efecto. Se dirigió en seguida á la Rochela, donde hubiera podido hacer mucho bien, tratando benévolamente al obispo titular contra el cual se había revolucionado todo el clero en favor del antiguo obispo no dimisionario. Por desgracia, el duque de Angulema, que era el más devoto de los príncipes de su familia, se negó á recibir al obispo titular, desmintiendo con su comportamiento de una manera deplorable la carta de Mr. de Montesquieu. Los sacerdotes que componían la *pequeña Iglesia* se alegraron en extremo y se presentaron más arrogantes que nunca, porque nada más significativo en su favor podía hacerse que negarse á ver al prelado en activo ejercicio, para el que, sin embargo, pedía obediencia el gobierno de S. M. Esto era declarar por medio del príncipe que el gobierno oficial era una ilusión de la que era preciso no dejarse engañar.

Al llegar á Burdeos se encontró el príncipe en su capital. En ella fué donde se presentó el primero de los Borbones y este Borbón fué él. Pero allí, como en otras partes, los ánimos habían cesado de experimentar la alegría y de abrigar las lisonjeras esperanzas de los primeros días. Después de haber considerado á los ingleses como á libertadores al mismo tiempo que como á ricos consumidores, porque habían bebido y se habían llevado muchos vinos, se despertó contra ellos una verdadera exasperación después de abandonárseles la isla de Francia y después de saberse que habían inundado nuestras colonias con mercancías británicas.

Además estaban los bordeleses disgustados con algunos actos imprudentes de la nobleza de la Guiena, y en particular con el obstinado mantenimiento de los derechos reunidos. El odio á los ingleses, el descontento motivado por la nobleza, la irritación contra los derechos reunidos, eran, pues, los tres sentimientos que se debían combatir y moderar en los bordeleses. El duque de Angulema hizo cuanto pudo para conseguirlo: sostuvo, lo que era cierto, que los ingleses se habían portado como vencedores poco generosos sin duda, pero que no habían procurado impedir el renacimiento del comercio francés, al que con un poco de tiempo y de trabajo no tardarían en ver en un período de prosperidad; trató á la rica clase media con distinción, y por último insistió en que era de absoluta necesidad el pago de las contribuciones, puesto que no podía llenarse sin ellas el presupuesto del Estado, logrando en esta cuestión influir de un modo ventajoso en la parte ilustrada de los comerciantes bordeleses.

Desde Burdeos se encaminó el príncipe á Mont de Marsán, á Bayona, á Pau, á Tolosa y á Limoges, pronunciando en todos estos puntos discursos bastante prudentes, dando á unos y á otros muy útiles avisos, pero removiendo sin querer las pasiones realistas más de lo que convenía á los intereses de la Francia y á los de su familia. Su vuelta á París la hizo por Angers y el Mans.

Angers era una de las ciudades más agitadas del Oeste y una de las más importantes. La clase media y la nobleza estaban en ella muy divididas en todas las cuestiones de que los hombres se ocupaban en aquel tiempo. Por lo general, la clase media formaba la infantería de la milicia nacional y la nobleza la caballería, porque siendo más rica podía costear los gastos de los caballos. La caballería había adoptado un uniforme particular, que se llamaba el uniforme vandeano, y que no había querido abandonar á pesar de las reiteradas órdenes que le enviaron de París para que dejase de usarle. Además se complacía en llamar la atención, rodeando exclusivamente al príncipe y dándole su guardia personal. Esta pretensión se manifestó en más de un punto y particularmente en el Mans, centro del país de los antiguos chuanes. También se reveló entre estos últimos una pretensión muy grave, aunque de distinto género, tal fué la de reunirse en número de veinte mil con sus jefes y sus banderas y acompañar de esta manera al duque de Angulema durante su permanencia en la provincia. Los dos prefectos de Angers y del Mans habían trabajado desde hacía más de un mes para impedir las manifestaciones de esta clase sin haber conseguido realizar sus deseos; pero con todo, á la llegada del duque

de Angulema y gracias á las recomendaciones de este príncipe, lograron hacer comprender la razón á los atolondrados, y la caballería de la milicia nacional de Angers prometió abstenerse de manifestar toda pretensión inconveniente, promesa que hicieron también los milicianos de infantería; pero, á pesar de dar estas seguridades de tranquilidad, apenas llegó el príncipe á las puertas de Angers, todas las autoridades salieron con las tropas á recibirle, y una compañía de la guardia nacional de á pie, desconfiando que la caballería cumpliera sus promesas, separándose del cortejo, rodeó al duque de Angulema, colocándole en una especie de cuadro. Ni el príncipe ni la autoridad militar se atrevieron á castigar aquella infracción, porque el público participaba de los sentimientos de los infractores, y fué preciso que entrase el augusto viajero en la capital con aquella clase de escolta. Al hallarse en Angers, el duque de Angulema quiso hacer valer su autoridad ante uno y otro partido, y dispuso la disolución de la compañía de infantería que había trastornado el orden de la ceremonia; pero restableció la balanza, dirigiendo una viva reconvencción á uno de los principales personajes de la nobleza. «¿Sois vos, caballero, le dijo, quien quiere ser aquí más rey que el rey, quien hace que se le presenten las armas, quien desea obediencia y que se desobedezca á las autoridades, quien trastorna con sus pretensiones un país en donde debiera procurar la unión de los ánimos y dar ejemplo de sumisión á las leyes? Los realistas como vos son más peligrosos que los enemigos más terribles: retiraos de mi vista.» Esta escena que no tardó en dar pábulo á las conversaciones de la capital, agradó en extremo á la clase media, y hubiera producido mucho bien si hubiera tenido noticia de ella toda la Francia; pero se prohibió á los periódicos que la publicasen. El príncipe perdonó después á la compañía de la guardia nacional, consintió en que fuese reformada, y dejó muy satisfechas con su conducta á las personas ilustradas y juiciosas de Angers.

En Mans se logró avenir á razones á los jefes de los chuanes, y lo que contribuyó á hacerlos más dóciles fué que encontraron menos antiguos soldados de lo que esperaban, y que entre los modernos muy pocos eran capaces de andar quince ó veinte leguas á sus expensas para tomar parte en cualquiera demostración política. El príncipe se vió, pues, libre de este cuidado; pero no por eso dejó de encontrar muchos ardientes antiguos soldados de la guerra civil, que le manifestaron sentimientos muy poco moderados, á pesar de no hacer ninguna demostración enfadosa. Por último, volvió á París á mediados de agosto, después de haber tenido la más sincera voluntad de hacer bien, pero frecuentemente el triste destino de hacer mal, agitando sin querer los países que hubiera debido calmar.

Apenas regresó á la corte el duque de Angulema, salió el conde de Artois á la Champaña y la Borgoña. Estaba autorizado para prometer mucho respecto de favores administrativos, y para no negar nada respecto de distinciones honoríficas, puesto que las facultades para concederlas no dependían ni del presupuesto ni de la tiranía de las prescripciones. Podía ofrecer á la mayor parte la condecoración del Lis, á los militares y magistrados la de la Legión de Honor, á los realistas escogidos la cruz de San Luis, y el conde de Artois no

era hombre capaz de desperdiciar la ocasión que se le presentaba tan propicia de dispensar favores á sus amigos. Primeramente visitó las orillas del Sena y del Aube, y en particular las ciudades de Nogent, de Mery, de Arcis sobre el Aube, de Brienne, de Bar sobre el Aube, y de Troyes, donde la guerra había dejado tan dolorosas huellas. Encontró á una gran parte de la población sumida en la miseria y viviendo entre ruinas. Como era compasivo y expresivo, se conmovió á la vista de las desgracias, dejó conocer su conmoción y supo agradecer manifestando una viva simpatía á aquellos ciudadanos. En todo su camino se conmovió con los que sufrían, lloró con ellos, los llamó sus amigos y prometió informar al rey de sus infortunios, como si el rey hubiese tenido medios de consolarlos. El ministro de Hacienda tuvo cuidado de tomar sus precauciones contra las prodigalidades del príncipe, é hizo aceptar como un principio que el Estado no podía hacer nada para los pueblos maltratados á causa de la guerra, pudiéndoles todo lo más concederles algunas disminuciones de impuestos, pero solamente en el caso de probar su imposibilidad de satisfacerlos por completo; mas á pesar de esto, el conde de Artois prometió solicitar para ellos la exención de las contribuciones, de los préstamos de dinero; y entretanto los autorizó para cortar ciento veinte mil árboles de los bosques del Estado, con el fin de que se proporcionasen maderas para reconstruir sus casas. A este socorro, que era justo y de alguna importancia, aumentó limosnas tan abundantes como se lo permitió su pensión ya cercenada por los auxilios acordados á los emigrados, y á todo esto añadió condecoraciones de la Flor de Lis para quinientos ó seiscientos individuos á la vez, entre los que también distribuyó algunas cruces de la Legión de Honor ó de San Luis. Abandonó á estas poblaciones, dejándolas por principal alivio la emoción de una visita real, y además la esperanza que, motivada ó no, es siempre un gran consuelo para los hombres.

Después de esta visita á las provincias maltratadas por la guerra, el conde de Artois se dirigió desde Troyes á Dijón. Dijón era una antigua ciudad de parlamento; en ella se encontraba una antigua nobleza del foro, instruida en otro tiempo, pero entonces pretenciosa y no aceptando otra libertad que la de las *reconvenciones*.

Estaba, por consiguiente, animada del peor espíritu y alentada en sus peligrosos sentimientos por un prefecto que participaba de ellos. Trataba muy mal al obispo que debía su elevación al Concordato, y le acusaba de proteger á los juramentados porque él también lo era. Decían muy á las claras que se hubieran podido arreglar las cosas de otra manera que lo había hecho Luis XVIII; que la Carta era una obra detestable, y que por lo demás aún sería tiempo de reparar las faltas cometidas, procediéndose de otra manera, desde el momento en que se presentase la ocasión favorable. Mientras que en Champaña todo se hallaba en calma, aunque alterada en parte por los desastres de la guerra, en Borgoña, por el contrario, estaban los ánimos sumamente agitados; muchos de sus habitantes alarmaban con extremo á los demás, deseando un retroceso, soñando con volver á resucitar el pasado. Como era natural, el conde de Artois fué recibido con entusiasmo por los